

COMENTARIOS DE PRENSA SOBRE LAS FUERZAS MILITARES

EL SIGLO 18-III-64.

ALIVIO PARA EL TOLIMA

Soldados y agentes de la policía aliviaron ayer al Tolima de una de las causas mayores de la perturbación que en largos años lo enerva y desangra. Este "Desquite" que ayer fue abatido, avergonzaba a la nación por su sevicia y astucia y por la debilidad de las víctimas que escogió a través de su fatal carrera. Probablemente solo "Sangrenegra", cuya suerte es ahora más incierta, le compitió en ferocidad y demencia.

Los beneficios que el Tolima, principalmente el norte, recibirá con la acción de las patrullas del Batallón Colombia, son incalculables. La paz que así queda prácticamente consolidada, servirá de base para el recobro de la prosperidad, que la violencia desalen-

tó en el departamento. Los caminos estarán ahora despejados y el sueño de las familias será benévolo. El campesinato ha recobrado su libertad, su paz y por ende su trabajo.

La sola enumeración del beneficio central, la paz, exalta el valor de la hazaña cumplida por un oficial y menos de diez unidades de tropa de la policía y el ejército. Y reclama la gratitud de tolimeses y colombianos todos para con quienes a fuerza de abnegación y heroicidad reimplantan en una comarca endurecida por el sufrimiento, el derecho a la vida.

Oficiales y soldados de guardia en el Tolima se han apuntado un espléndido éxito. Solo demostraciones de gratitud merecen.

EL ESPECTADOR 23-III-64.

ASI HABLA UN MILITAR

Todo escollo, todo equívoco, todo malentendido entre los ciudadanos que ostentan la investidura militar y ejercen, en nombre de sus compatriotas, la fuerza pública de la Nación, y el resto de la población, se disipa cuando unos y otros se habitúan a hablarse un lenguaje franco. Y cuando militares y civiles entienden, respetan y facilitan, recíprocamente, sus respectivas funciones.

En este sentido es admirable el proceso cumplido en Colombia desde el 10 de mayo de 1957. Se ha dicho que, desde aquella fecha, las Fuerzas

Armadas reconquistaron su prestigio, pero la verdad es otra: La verdad es que lo han aumentado con relación a cualquier momento anterior de la vida colombiana. Ellas respetan al resto de la población colombiana, a sus poderes legítimos, a sus determinaciones soberanas, y el resto de la población las respeta y admira. Es la misma la vocación de paz que ambos sectores del país comparten, y cada uno coadyuva a ella en su radio de acción específico. Vicios como el del sectarismo violento, el del encubrimiento o el del recelo, han ido aplacándose

progresivamente y ello explica los golpes de gracia que han podido darse a la criminalidad.

Al celebrar el más reciente de tales golpes de gracia —tan decisivo como lo fue para la tranquilidad de una región martirizada—, el Comandante del Ejército, General Fajardo Pinzón, pronunció un discurso que contiene una serie de lecciones permanentes para los hombres de armas; y también para los civiles, que no pueden sentirse extraños a la misión de defensa de la ley y del orden público.

El General Fajardo hizo una notificación perentoria sobre cómo es de ilusorio esperar complacencia de las Fuerzas Armadas para cualquier tipo de violencia, sea que la ampare uno u otro rótulo falsamente ideológico o claramente personalista. Las Fuerzas Armadas no distinguen entre diferentes clases de violencia, para enfrentarse a unas y tolerar otras. En donde quiera que se pretenda alterar las condiciones esenciales de vida civilizada entre los colombianos, la acción militar estará lista a reprimir el conato y a colocar a sus promotores en manos de la justicia.

Para las Fuerzas Armadas no hay dudas sobre su misión. No están ellas compuestas por tropas mercenarias, sino por militares de escuela. "No se en-

gañen quienes —y conviene repetir textualmente las palabras del señor Comandante—, llevados por sentimientos demagógicos, piensan que las Fuerzas Militares pueden ser juguete de pasiones que las lleven a comprometer su honor y dignidad en acciones que ellas por su misma naturaleza repudian y rechazan. Tampoco se pretenda ignorar el concepto patriótico de los mandos actuales, que encauzan y gobiernan la voluntad aunada de las Fuerzas Armadas, en todos los escalones jerárquicos que las conforman, pretendiendo asumir la vocería de instituciones que tienen sus legítimos representantes y que no aceptan sugerencias de subversión".

No se conciben la estabilidad y el progreso de un país democrático, sin una compenetración amplia entre militares y civiles, unos y otros rodeados de respeto en su propia esfera y dispuestos a dialogar sobre los puntos en que convergen sus tareas de servicio. Unas Fuerzas Armadas que profesan nociones tan estrictas sobre su deber, merecen el afecto, la comprensión y el respaldo de todos los otros sectores del pueblo. Son comunes los adversarios que pretenden desvirtuar su misión, menoscabar su prestigio o hablar osadamente en su nombre.

EL TIEMPO 19-III-64

EL JUSTO CASTIGO

Es doloroso —y repugna al sentimiento liberal y cristiano— que una sociedad civilizada se conmueva de satisfacción ante el drama de la muerte de uno de sus miembros a quien pervirtió la violencia. Pero es inevitable. Sin aquel fenómeno desolador y sangriento, la extinción de la vida de William Aranguren hubiera pasado tan silenciosamente como la de cualquier

prójimo que hubiese desaparecido por muerte natural. Mas como el tal sujeto no tenía una sola acción noble en el haber de su conducta, ha sido un descanso su liquidación. En esa misma actitud vivió él desde los días de su adolescencia en que, para no manchar el apellido honrado de sus mayores, tuvo que bautizarse con el apelativo abstracto de "Desquite".

La historia nacional se ha manchado con la celebridad siniestra de unos tantos bandidos, que jamás hubieran conseguido que se conocieran sus nombres, ni que se torciera su destino, al no haberse roto, de la manera más abrupta y cruel, la paz política entre los colombianos. Los "Desquites", los "Chispas", los "Tarzanes", los "Sangre-negras" y otros tantos, no hubieran registrado sus apodos en la crónica de la criminalidad y, tal vez, sus vidas discurrieran tan apaciblemente, como las de sus padres, en medio de las tareas de labranza y administrando la pequeña hacienda familiar, si la insurgencia del sectarismo partidista no hubiera desequilibrado, de un tajo, la vi-

da pareja y confiada de las gentes simplísimas del campo. Pero, desatado el torbellino, cuántas gentes honradas se frustraron y cuántos adolescentes se trocaron en monstruos sanguinarios como este que justamente ha caído.

Ese es el hecho trágico. Por eso hay un evidente alivio por su muerte. Es la tranquilidad, por tanto tiempo perdida, al considerar que ha pasado la hora de los mayores riesgos y que puede apagarse la vela en las viviendas campesinas, porque ya no están al asedio los "Desquites".

Que quienes han servido al sosiego colombiano, con riesgo de sus vidas, abnegados soldados de la república, merezcan bien de la patria.

EL ESPECTADOR 21-III-64.

Por Fernando Soto Aparicio.

LOS BANDOLEROS MUERTOS

El Batallón Colombia, que ha venido librando una meritoria campaña encaminada a limpiar del rostro del país los escupitajos de los violentos, anota un nuevo triunfo en su favor, con la muerte de "Desquite" y tres de sus guardaespaldas. El Tolima, en especial, y el país en general, sienten un alivio tan grande como el que debe experimentar un paciente cuando se le extirpa un tumor. Porque eso, y no otra cosa, era la pandilla de "Desquite": una creciente e indomitable podredumbre en el cuerpo vegetal armonioso y querido de Colombia.

Después de haber desplegado en su contra grandes contingentes de policía y de ejército, "Desquite" cayó en manos de una pequeña patrulla. Cuando el Teniente Márquez tuvo noticias de que en su jurisdicción (Municipio de Venadillo), había indicios de bandoleros, tomó la determinación de cortarles el avance. Y sin temor, con la

confianza de quien está defendiendo una causa justa, se enfrentó a esos hombres, que constituían la cabeza de uno de los grupos más sanguinarios que haya visto el país, en ese largo calvario de la violencia, cuyo final, si no muy próximo, desgraciadamente si al menos empieza a vislumbrarse cada vez más claramente.

Porque no es posible que toda una nación, que tiene las manos llenas de juventud y los campos atestados de savia, se deje consumir por unos cuantos hombres que buscan como única meta, la sangre, el humo de los incendios y la visión fantasmagórica de las ruinas.

Quince impactos quedaron en el cuerpo de "Desquite". Casi uno por cada diez de los asesinados por él; de esa masa —pueblo nuestro, carne nuestra, pensamiento nuestro—, que había sido pisoteada por él en sus atracos,

en las emboscadas asesinas y sin objeto. Niños de pocos años, decapitados, incinerados; niñas apenas en el umbral de la adolescencia, violadas, marcadas para siempre con un recuerdo hiriente de asco y de pánico; hombres en plena capacidad de producción, en el centro físico de su actividad creadora, que los habilitaba para levantar hijos o para cultivar tallos; y ancianos, que esperaban tranquilos a que cesara la combustión vital, a que la muerte les llegara como una consecuencia de la vida, sin temor, sin angustia.

Toda esa gente, todos esos seres que fueron asesinados por un hombre que había rebasado los límites de la insensibilidad y de la sevicia, estaban esperando desde hacía años no una venganza, sino un simple acto de justicia: ese que ahora ha cumplido, en desarrollo de una labor patriótica, un puñado de militares colombianos.

Las tácticas empleadas por los grupos de guerrilleros, que en su mayoría vinieron después a degenerar en cuadrillas de forajidos, fueron siempre las mismas: la sorpresa, la emboscada, el asalto. Dentro de esas "zonas de nadie", donde operaban los bandoleros, los campesinos estaban sujetos a ellos, casi siempre por temor; les pagaban —les pagan todavía, porque aún no se ha limpiado el país de la lepra de la violencia— altos impuestos para que les permitan vivir; les entregan sus cosechas, los reciben en sus casas, los protegen, los esconden.

Así, con la seguridad de quien camina por un terreno propio, avanzaba "Desquite" por las orillas del río Palmar; iban con él tres de sus más conocidos lugartenientes: Gustavo Avila, a. "Veneno", de 23 años; Alfonso Parra, a. "Pata de Chivo", de 36; y Humberto López, a. "Peligro", de 17. Cuando las fuerzas del orden los encontraron, se produjo el choque. Los resultados,

por fortuna, no fueron —como en la mayoría de los casos— favorables a los criminales. Esta vez cayeron ellos. Ya era tiempo de que cubrieran una parte siquiera de la deuda de sangre adquirida con la nación.

Los bandoleros estaban bien armados: carabinas San Cristóbal, fusiles punto 30, granadas, pistolas. Pero en esta ocasión, apenas sí pudieron hacer uso de sus armas. La decisión de un grupo de hombres del Ejército y la Policía, los frenó a tiempo. Después recogieron los cadáveres y los llevaron a practicar los reconocimientos de rigor. A Yolanda Ríos le debieron arder las manos ante el cadáver del hombre que empañó el espejo diáfano de su vida, una tarde, en una pequeña escuela del corregimiento de Flor Azul.

Ahora, solo nos resta pedir que haya un paréntesis de paz sobre Colombia; que ese paréntesis tenga un punto de partida, pero no un punto de terminación; que las llagas sociales abiertas por los asesinos que han caído ante las balas de la justicia, puedan curarse a la sombra de una tranquila convivencia; que los campos arrasados y solos vuelvan a tener flores y cosechas; que se alcen nuevamente los ranchos, como manos grises para albergar en ellos a los campesinos, para cobijarlos con un manto de frescura y de fraternidad; que las "tierras de nadie", despobladas e inundadas por el vino oscuro de la cólera desatada por los violentos, vuelvan a tener dueños: hombres, y mujeres, y chiquillos, que las llenen de plantas, de risas, de gritos, de amor.

Para que Colombia no sea un ejemplo de barbarie que haga ruborizar la faz del mundo, sino un país libre, acogedor, amable. Como queremos verlo todos los que llevamos en las venas un poco de su savia, y hemos tenido entre los labios los frutos de su tierra morena y promisoría.

REFLEXIONES EN TORNO A "DESQUITE"

"El crimen no paga", es aforismo asandereado pero cierto. Puede que en apariencia y de momento el crimen o el delito brinden la engañosa perspectiva del lucro fácil o del enriquecimiento, pero el desengaño no tardará. Los bandoleros que desde hace años infestan algunas regiones colombianas hicieron de la criminalidad un modus vivendi. Uno tras otro han sido cazados como bestias feroces y han perecido bajo las balas de los gendarmes, o están purgando su error en las prisiones.

La muerte pagó a Desquite sus numerosas atrocidades.

Desde luego no toda la culpa de esa podredumbre moral que con el nombre de bandolerismo ha venido sufriendo Colombia, debe atribuirse a los desdichados que ingresaron en esa legión. Circunstancias infaustas les mostraron tal camino, las circunstancias anormales acarreadas por la guerra de guerrillas que principió en 1949, como fruto maldito del sectarismo político. Por tanto es razonable achacar también gran parte de la culpa al desborde nefario y absurdo de las pasiones banderizas, que dio comienzo a la descomposición, de la cual solo ahora estamos empezando a salir.

De tales polvos tales lodos. El sectarismo infiltró el odio, el odio enfrentó en lucha fratricida a liberales y conservadores, la contienda guerrillera dio paso al bandolerismo. El curso ha sido hartamente doloroso para toda la población colombiana. Cuando surgió en hora feliz el frente nacional quedaron apagados los últimos rescoldos del sectarismo y pudimos decir entonces que "la noche quedó atrás". Vino para la repú-

blica una aurora de sosiego, de fecunda convivencia que a Dios gracias nos alumbraba todavía. Sin embargo ese resplandor vivificante parece parpadear en estos momentos. Hay gentes empeñadas en que sucumba el frente nacional. No les gusta. No les satisface la paz que ha traído, porque ya no se hacen obras, porque la economía está en quiebra, porque los estudiantes ya no pueden hacer manifestaciones, porque no hay libertad para nada, porque hemos vuelto a caer en la tontería de celebrar elecciones libres y, lo que es peor, porque ya en las elecciones no se ven matanzas, como en otros tiempos, lo cual era tan emocionante. Hay muchos impacientes porque no cae pronto el frente nacional, que suspiran por un retorno a las condiciones acérrimas del pasado.

Esperan los sectarios a que se envenene otra vez el ambiente, que se saturen de rencor los espíritus. Tendrán que aguardar por un tiempo muy largo esos impacientes, si es que los ciudadanos sensatos se sacuden la abulia, dejan de comulgar con ruedas de molino y le meten el hombro con decisión al frente nacional.

La muerte de Desquite nos asegura que está tocando a su fin la triste época del bandolerismo. En ella podemos ver también, como en las elecciones últimas, una enseñanza y una advertencia. Confiemos en que cerrado el ciclo del crimen, como se está cerrando ya, no vuelvan a surgir en el futuro condiciones análogas a las que iniciaron este ciclo espantoso que se está acabando. Que no vuelva a producirse caldo de cultivo para nuevos Desquites o "Capitanes Venganza".